

CORDOBA: LA I



PLAZA MUERTA

O Córdoba. Soleadas diez de la mañana. La vieja plaza de toros, céntrica, envuelta en edificios modernos, asoma tímidamente a la calle su media docena de puertas. Abierta —según dice la lápida— en 1846, será definitivamente destruida después del verano, una vez se le saque partido a la temporada cinematográfica al aire libre. Ya existe, claro, una nueva plaza de toros, situada en un barrio periférico de Córdoba. Esta, la vieja, sobrevive —por poco tiempo— a los solemnes funerales de su clausura, oficiados por El Cordobés y su frustrada ganadería.

Son más de cien años domiciliando el famoso «senequismo» de los toreros cordobeses. Cien años de servicios taurinos y literarios, apuntillados por el menos «senequista» —a no ser que nos parásemos en la historia de los flequillos del torero y el filósofo— de los grandes matadores de esta tierra: el «ciclón» de Palma del Río.

En el patio de caballos de la plaza hay dos lápidas; blanco de mármol sobre la blancura de la cal, junto a frondosas enredaderas. Es una extraña mezcla de jardín y asepsia de quirófano. En la lápida más antigua, fosa común de los grandes de otras épocas, están Lagartijo, Guerrita y Machaquito. No hay más dato que la fecha de nacimiento y la de su muerte. En la más moderna, adscrita a un tiempo que es, todavía, el nuestro, está sólo Manuel Rodríguez, «Manolete», con su inconfundible perfil recortado sobre el mármol.

Por dentro, la plaza es de una impresionante armonía. El desuso ha permitido a la hierba vivir allí donde haya un poco de tierra, manchar de verde el antiguo amarillo de la arena. Los fuertes colores de las barreras y de las nayas rompen vitalmente la estética crepuscular de la gran plaza de Córdoba. Sus vacíos graderíos ya no esperan a nadie.

II Los unos se entrenan corriendo para atrás. Otros, corriendo hacia adelante, con un paso especial, sin doblar apenas las rodillas, desplazándose a gran velocidad sin perder la compostura. Otros, aprenden a saltar al callejón con elegancia. Luego, con la muleta en la izquierda, ensimismados, se inventan el toro que puede hacerlos millonarios. Levantan la cabeza, allí, frente al tendido de sombra, y lo miran, lo llaman, y se lo pasan una y otra vez. Una pareja se intercambia periódicamente la capa y los cuernos de entrenamiento, mientras sobre el carretón con dimensiones de toro otros van marcando las banderillas y el estoque de muerte...

—A mí me llaman «El Barquillero», porque mi abuelo vendía barquillos de canela. Había empezado bien mi carrera de torero, pero en la «mili» me destrozaron. Mi coronel decía que los toros eran cosa de pandereta y que tenía que buscarme otro oficio. Estuve año y medio sin torear. Así que, a mi vuelta, ha sido como empezar de nuevo. Yo soy de Palma del Río y conozco al Cordobés desde hace muchos años.



La vieja plaza de Córdoba, cerrada ya a los toros, sigue abierta a los entrenamientos. Junto al callejón, «El Barquillero», con cuatro años en la profesión y varias cornadas en el cuerpo. Es «también» de Palma del Río.

«El Barquillero». Veintitantos años. Cuatro ya en el toro. Y la presión psicológica de los millones de El Cordobés, su cortijo, su avioneta, y la leyenda de las turistas. Para este hombre, que es también de Palma del Río, y que sabe muy bien lo moradas que las pasó el Cordobés, el dilema entre éxito y fracaso tiene una particular tangibilidad, una proximidad peligrosa. El mito, por familiar, se convierte en un ejemplo a seguir. «El Barquillero». Veintitantos años. Cuatro ya en el toro. Varias cornadas.

El mejor del grupo, el que, según dicen, tiene

más posibilidades, es Castillejo. Vive en Córdoba desde los siete años, pero él es de Montalbán. Si llega a figura, aún no sabe si lo dirá, porque comprende que esto de ser de un lado o de otro tiene su importancia. La gente vive lo que no vive gracias a los que triunfan, y se trataría de hacer vivir a unos o a otros.

—Mis padres tienen una tienda de comestibles. En mi familia no hay toreros, pero yo espero llegar. De chaval fui monaguillo. Ahora estoy embalado y llevo varias corridas por pueblos andaluces de las que estoy contento... **SIGUE**

HIERBA EN EL RUEDO DE M



Patio de la vieja plaza. Las lápidas recuerdan los nombres de los grandes matadores cordobeses.

Castillejo es un muchacho delgado, alto, muy en la línea física de Manolete. Sin embargo, es un hombre sonriente, que gasta bromas a unos y a otros. Es muy joven y, hoy por hoy, está muy seguro del triunfo.

—He toreado cinco veces con Platanito.

«No torea nada». «En... se arrimó de verdad». «Son cosas de la televisión». «La gente paga para verlos».

Han dejado, por un momento, de entrenarse. El Platanito, y aquellas volteretas televisadas de la Plaza de Vista Alegre, las tienen todos metidas adentro. Ha sido éste un modo de llegar a famoso —no a figura, claro— que les desconcierta por insólito y también por inaccesible. El que más y el que menos se atreve a seguir los pasos de Manolete o del Cordobés, pero lo de Platanito, el torero «hecho» por la televisión, escapa a todas sus intuiciones.

El Cordobés y Manolete. Sus fincas, sus millones, su toreo. Su verdad o su mentira. Son dos nombres que están aquí, mandando en cada gesto de los que se entrenan, modelando la autobiografía que cada uno se escribe. «¡Qué grande fue Manolete!», dicen. Y luego:

—En su casa, que es ese palacio con unos arcos que hay cerca de la estación, se conservan

muchas cosas tal como él las dejó. Es como si viviera. En el baño está todavía la loción de Floyd; falta la media botella que él había gastado. Y están también las camisas, los trajes, los zapatos...

El mundo de Manolete tiene para todos estos aspirantes a figura un ámbito de dimensiones infinitas.



El antiguo cementerio de Córdoba, el de los toreros, está cerca del Alcázar, sucesivamente cuartel árabe, cuartel cristiano, cárcel de la Inquisición, prisión civil y, hoy, Museo. Es un cementerio verde, de cipreses oscuros, bien cuidado. Avanzando por el pasillo central, en una de sus márgenes está la tumba de Rafael Gue-

rra, Guerrita. Es una capilla, con los nombres del torero en letras doradas sobre el frontispicio de mármol. Más adelante, a la izquierda, casi donde empieza ya la zona de los enterramientos pobres —zona de ortigas, sin monumentos ni verjas— está la tumba de Manolete.

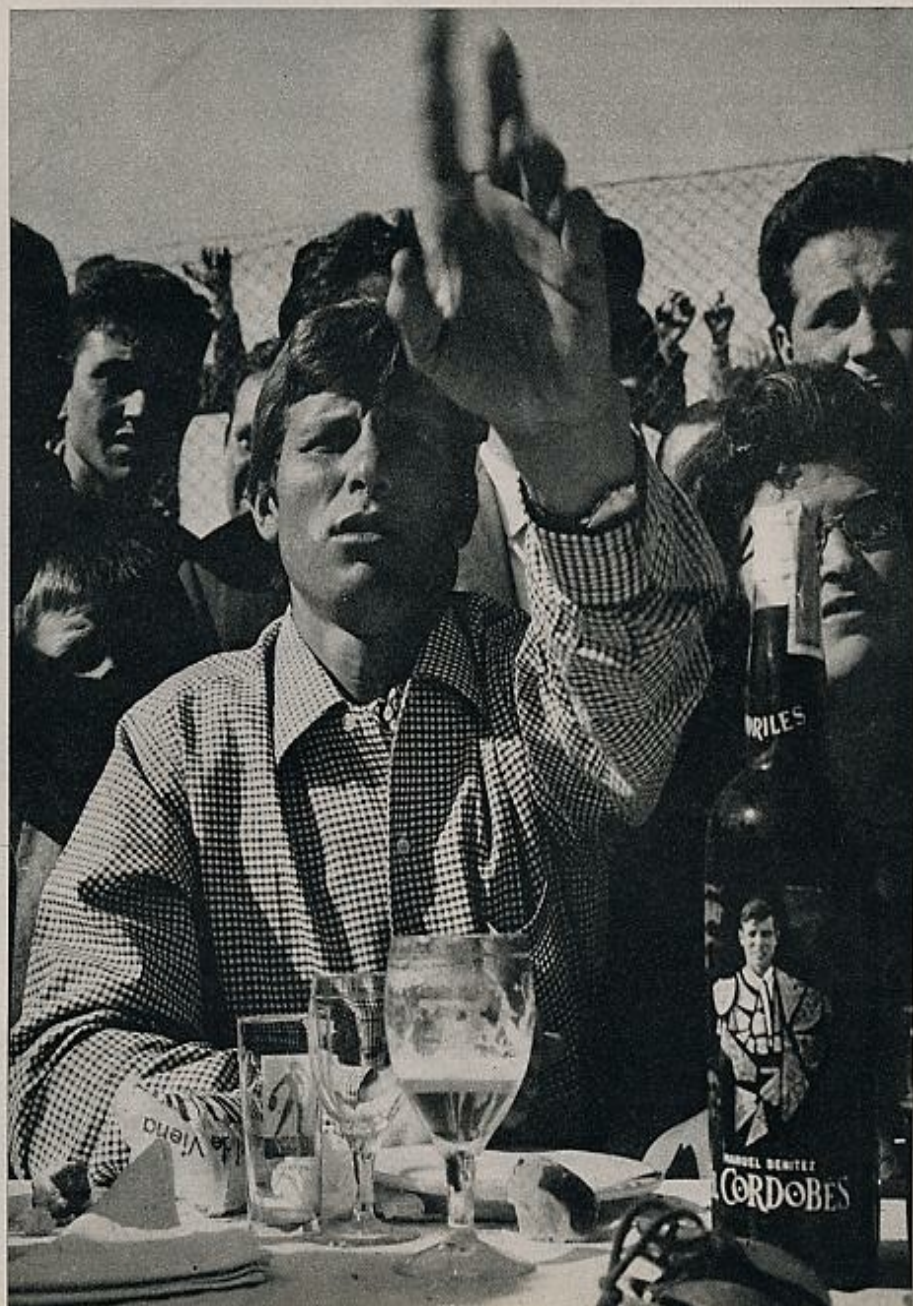
El torero, tendido, en mármol blanco, yace entre ramos de flores recientes. Está vivo e inmóvil. No hay crispación ni patetismo alguno. Es otra cosa. Es el ídolo de un rito; el sacrificio necesario de una fiesta.

Tras el mármol, los dudosos versos de Rafael Duyos:

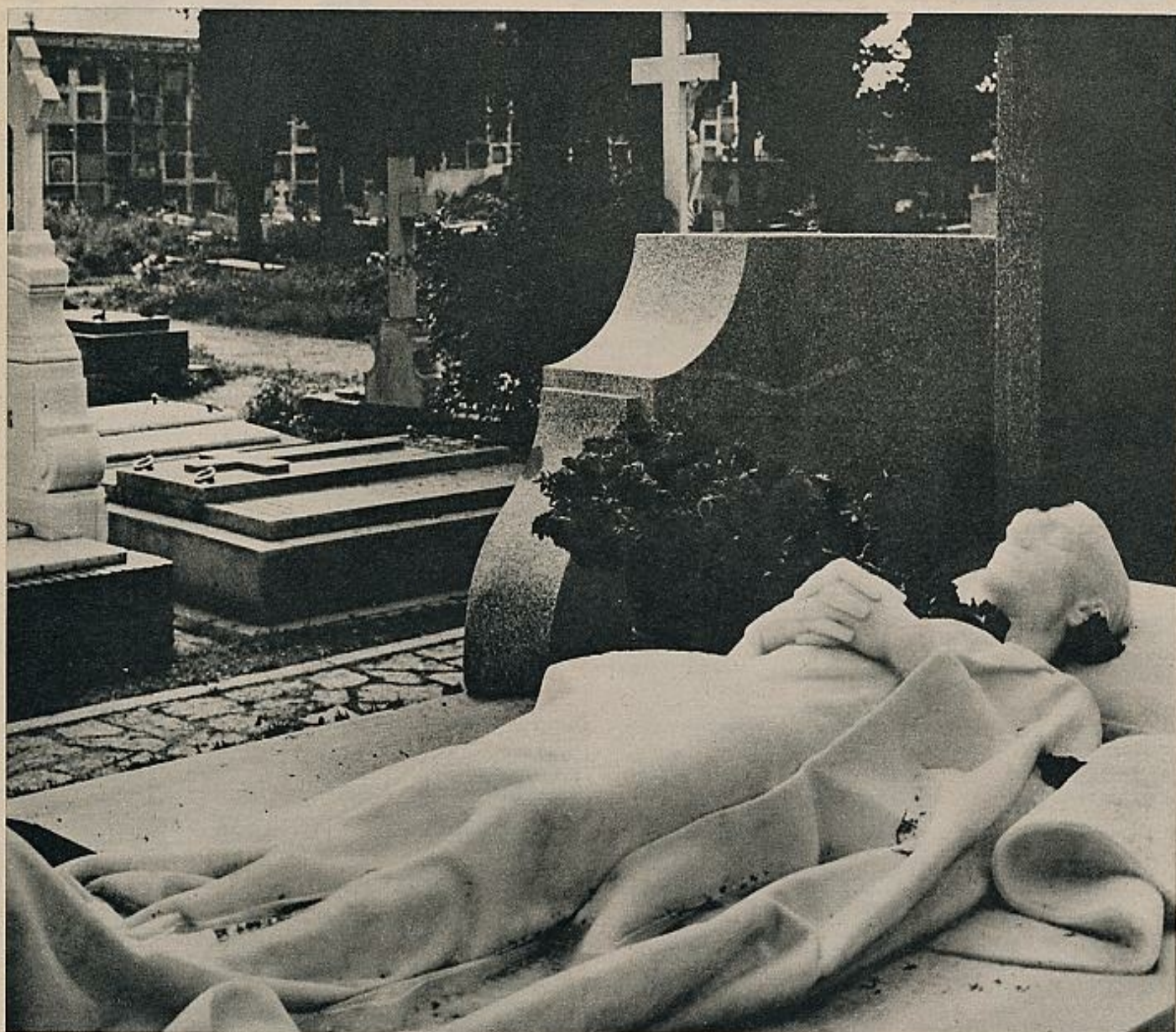
*Aquel que las arenas pisó con más firmeza
yace aquí bajo el cielo de su Córdoba mora...*

Nuestro fotógrafo mueve ligeramente los jarrones de flores. Una de ellas ha caído junto

Sin lugar a dudas, la figura que hoy ejerce una mayor influencia sobre los que empiezan es la del Cordobés. Más allá de su estilo, encarna la imagen del maletilla que ha llegado a ser millonario. (Foto Cifra.)



MANOLETE Y EL CORDOBES



Tumba de «Manolete» en el cementerio de la Salud, de Córdoba. Imagen yacente de los riesgos y angustias de la Fiesta. En la foto de abajo, la casa de «Manolete».

al rostro del torero de mármol. Parece, por contrapunto, más amarillento.

Al salir del cementerio —Centenario de la Salud— vemos a unos gitanos que suben la pequeña loma con su casa a cuestas.

IV En el bar, se hablaba de toros. Se discutía fuerte sobre El Cordobés. En general, los viejos parecían estar en contra. Las «maneras» del torero les desconcertaban. Aunque, al final, todos estaban de acuerdo sobre su valor y su particularísimo ángel.

Detrás del mostrador, unas fotografías testimoniaban la categoría colectiva del tema. El Cordobés, con el traje manchado de sangre, y con las orejas en alto, se vengaba de quién sabe qué ancestrales injusticias. El cartel de Linares —el famoso cartel: Gitanillo de Triana, Manolete y



Luis Miguel Dominguín— quitaba al gesto del torero de Palma del Río todo aire de gratuita fanfarronería.

Nadie hable del torero como «un proletario con la muleta», a secas, ni, mucho menos, de un héroe mítico, sin asomarse a las fuerzas ancestrales y, también, a las realidades sociales que se mueven detrás de la fiesta. Es un problema bifronte. Porque toreros morirán pocos, pero, en Córdoba al menos, la muerte se respira terriblemente próxima a la plaza. Y toreros inicialmente ricos quizá los haya, pero también aquí se toca con las manos la dureza y el hambre de donde emergen.

La discusión, en el bar, en donde se hable de toros, continúa.

Por el toro, viven, existen, son, los toreros.

JOSE MONLEON

(Reportaje gráfico SANCHEZ MARTINEZ)